

SE PUBLICA LOS JUEVES  
VEINTE CÉNTIMOS

# Los Apuntes

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
ALCALÁ, 127, PRAL.

DIRECTOR: ENRIQUE LÓPEZ MARÍN

AÑO I

Madrid, 2 de Agosto de 1894.

NUM. 4



¡AL AGUA! DIBUJO DE J. SANTISO

Ayuntamiento de Madrid



# CHARLAS

El Alcalde y la bicicleta.—Flamencomanías.—Una obra de misericordia.

SEGÚN muestras, el Alcalde de Madrid no ha leído el libro del Dr. Mosso, titulado *La educación física*, ni le hace falta saber de gimnástica para *contemporizar* con los concejales, que conocen el difícil arte de sacar los dineros al vecindario, amén de otras artes no menos limpias y productivas.

Le tiene ajeno nuestro desarrollo muscular, y en cuanto alguien intenta hacer ejercicio, valiéndose de instrumento mecánico, le impone contribución, que es como decirle:

«Ande á pie, hermano, y déjese de tonterías. Los médicos recomiendan muchas prácticas malas reputándolas excelentes, y si muere enclenque, mejor; le enterraremos en menos espacio de tierra y mayores rendimientos dará, á la larga, el cementerio municipal.

«He dispuesto que los aficionados á la bicicleta paguen diez pesetas, y la medida sólo merece plácemes. Con semejante arbitrio, dejarán los señoritos de lucir pantorrillas delgadas como hilos, pechos raquíuticos que están pidiendo el aceite de hígado de bacalao, y la estética saldrá gananciosa.»

El pensar del primer edil, es rigurosamente lógico.

Los ciudadanos que se lanzan á la calle con su máquina, atropellando á la gente, moviendo con rapidez los pies, y que marchan encogidos como si les doliera el estómago, ofrecen tan triste figura, que no la copiará ningún escultor de nota.

Las mujeres dedicadas á entretenimiento tan bello, son dignas de tener voto, merecen que las proclamen *diputadas* y hasta admito que escriban versos á ratos perdidos, ó disertaciones filosóficas.

Visten de hombre, y de no enmendarnos y seguir perdiendo la fuerza atribuída al sexo macho, pronto serán las hijas de Eva las únicas que conquisten. Los barbudos hablan ya en corrillos, como las hembras, gustan de la murmuración, usan delicados perfumes y rinden voluntades fáciles, creyendo realizar un milagro.

Después de prolijas investigaciones y de pasar una noche en turbio, he conseguido averiguar el por qué del impuesto susodicho.

El Alcalde tiene una pierna poco católica, mejor dicho, él es cojo y los cojos no pueden montar, en bicicleta. En cuanto á los concejales, los más son cojos de inteligencia, como lo demuestran cumplidamente, recargando los consumos é intentando hoy un desaguizado para consumir mañana otro mayor. Están montados al igual de los diamantes, sobre oro fino, y desprecian el humilde acero de las bicicletas.

\*\*\*

D. Jaime, el hijo de Carlos VII, no ha venido á España acomodado en el asiento de un biciclo y vestido de llorón, como le cantaban hace años al autor de sus días. Empezó el viaje de oculto para conocer tan hermoso país, y grandes y chicos tenían noticia de la

excursión antes de ponerla en práctica el joven carlista, el cual ha traído puesto un *traje* lujoso de pretendiente.

Si da en pedir el trono, muchas espaldas verá; que en España, quien solicita, contempla malas caras escuchando groseras palabras.

Viniera su alteza repartiendo monedas de cinco duros (ya quedan pocas), aun tomando las precauciones de conspirador que le han hecho guardar inútilmente, y todos le hubiéramos festejado. La moneda no conoce las opiniones políticas, y al federal más sinalagmático le vienen que ni de perlas dos miserables pesetas en el actual momento de calamidades. En el mundo, presunto heredero del trono, las cosas tienen su precio; aun tratándose de las ideas, lo único santo que existe en el hombre.

D. Jaime imita á ciertos viajeros franceses que asoman las narices por los Pirineos, y en llegando á París, cuentan en letras de molde sus impresiones, describen las corridas de toros y mencionan lo que á diario sucede en la Puerta del Sol, cuando en punto de las doce esperan los curiosos que baje la bola del reloj.

Concurrió al teatro de Eslava y al café del Burrero en Sevilla, bebió vino de Jerez y se incomodó á causa de negarle su mentor un sombrero cordobés.

El arte dramático no se limita en España á la piecicilla que vió don Jaime; el *cante gitano* lo entonan pocos; muchos cantan en la mano y la mayoría pronto entonará el *de profundis*, y las chulerías que deleitan al príncipe, son, en cierto modo, la polilla de las buenas costumbres.

Siento el entusiasmo que oyendo *polos* y *javeras* tocara D. Jaime, y también lo sentirá Eusebio Blasco, que es de los pocos que encarecen

lo popular, dedicando *himnos* hiperbólicos á los mantones de Manila y á otras *flamencomanías* que nos distinguen.

Afirman que el tal viaje traerá cola. Mejor. Aquí hace falta una escoba y un látigo, nuevo Telémaco.

\*\*\*

Los periódicos ponen estos días el grito en el cielo tronando contra las *sacramentales*, que al rendir cuentas de sus fondos, han equivocado la suma en favor de ciertos caballeros.

El motivo no merece agrias censuras, y bien harán los papeles vocingleros guardando la retórica para mejor ocasión. Pide la doctrina cristiana que los creyentes sean pobres y humildes, y vendiendo los hermanos mayores de determinadas hermandades ternos, tapices, joyas, etc., sólo han puesto en práctica el dicho vulgar, que demanda dejar al prójimo en camisa, y esa de no estar flamante.

Han seguido la enseñanza evangélica, con la diferencia de que han desnudado á cientos de individuos, vistiendo á cuatro cucos. ¿Será, lector, puro atavismo la afición que tenemos á lo prohibido?

E. ALONSO Y ORERA



Mme. Réjane, célebre actriz francesa.  
Apunte al lápiz de J. Blake.







## EL SEÑOR NOÉ

De un libro singular que casualmente me encontré el otro día y al *Arca de Noé* se refería, copio, sin comentarios, lo siguiente:

«¡Qué afanado se hallaba nuestro apreciable abuelo desplegando solícito su celo en pro de aquella tropa que llevaba.

El día se pasaba suavizando asperezas, procurando que existiera entre todos armonía y atendiendo y curando al que alguna dolencia padecía.

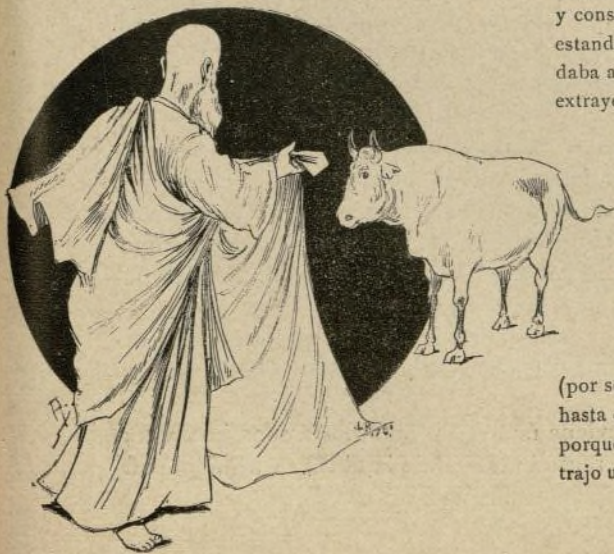
Mas como había tanto animalucho y los cuidaba mucho, pues si alguno moría su casta sin remedio se perdía, el infeliz Noé no descansaba, dándole de comer á la pantera, consolando á la pava, regañando á la ardilla, por ligera, poniendo cataplasmas á la hormiga siempre que se le hinchaba la barriga, buscando hierba para darle al grillo, capeando al novillo, rascándole el piojito á la cotorra, dando á la oruga sazónados frutos y consejos morales á la zorra; estando al quite cuando astuto el gato daba al pobre ratón algún mal rato, extrayendo una muela al cocodrilo con el alma en un hilo, invitando á la pulga, hora tras hora, á chuparle la sangre á su señora para que ni un momento le faltara el sustento; separando al corcel y á la borrica, dando duchas al pato y cada dos minutos mandando á la paloma á la botica, (por ser para recados la más pronta), hasta que una mañana se armó un cisco porque en vez de raíz de malvabisco trajo un ramo de oliva la muy tonta.

Al fin se vió Noé tan apurado, tan harto de luchar y tan cansado, que exclamó:—¡Basta ya! ¡Venga la bota, que la voy á dejar sin una gota!

Y á la luz de una vela, que había en aquel húmedo recinto, se bebió media arroba de lo tinto del Marqués de Mudela. Pescó la gran tajada...

¡y no hizo más ni se enteró de nada!»

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA





## EL AMIGO DE LA EMPRESA

**E**N todos los teatros de España tienen amigos los empresarios, y amigos discretos, serviciales y hasta útiles.

No se dirigen á éstos nuestras censuras; antes bien, nos complacemos en enviarles un millón de sinceros elogios.

Nuestro objeto es satirizar al amigo que inconscientemente, por regla general, más sirve de estorbo al empresario que de utilidad.

Ese amigo perenne, concurrente asiduo á la sala del teatro y al escenario, es profundamente perjudicial.

Para que el esbozo resulte parecido, voy á estar pensando, mientras escribo estas líneas, en D. J. P., que lleva treinta y cinco años siendo el amigo íntimo de este ó del otro empresario.

Con tan buen modelo, mi artículo, á falta de riqueza de color, tendrá un parecido asombroso, circunstancia principalísima de todo retrato.

D. J. va perfectamente vestido y fuma cigarrillos de picadura habana, cuidadosamente colocados en una petaca de piel de Rusia, con iniciales.

En público la enseña poco, para no despertar el deseo de fumar en quien la ve.

De esos cigarrillos de privilegio fuma también el empresario, y de vez en cuando suele fumar alguna parte principal, después de un éxito, y como entrada ó exordio del discurso de alabanzas que el amigo va á echarle por su triunfo.

Si el éxito ha sido inmenso, en vez de un cigarrillo de papel el amigo ofrece al artista una buena breva diciéndole: «Fúmate eso á mi salud porque has estado bueno de verdad».

Hay que advertir que el amigo tutea á todos los artistas.

Para proceder con método, vamos á ver lo que hace el amigo en diferentes puntos del teatro.

Empecemos por verlo en el escenario.

Lo primero que hace allí es estorbar, con la circunstancia de que después sigue haciendo lo mismo.

Aunque durante la representación de una pieza haya estado en el cuarto de una actriz ó en el palco de la empresa, los intermedios los pasa infaliblemente en el escenario, molestando á los guardarropas que han de levantar ó poner la alfombra, y llevarse unos muebles para poner otros.

No oye usted más voces preventivas que éstas: «Cui-

dado, D. J., que lo puedo lastimar. Paso, D. J., que tengo prisa».

D. José no contesta, y aun suele mirar con desdén al pobre dependiente que lo avisa con la mayor cortesía, porque se trata del *amigo de la empresa*. Si se tratara de otra persona, en vez de un aviso le daría un encontrón que lo derrengara.

Así y todo, D. J. ha sufrido algunos percances.

En el Príncipe Alfonso le dejaron caer una selva sobre el pie izquierdo, en Recoletos le echaron un telón en banda que le apabulló el sombrero, hasta el punto

de exigir inmediata sustitución, y en el Moderno, después de caerse de un practicable, se fué al foso por escotillón. Accidentes desgraciados debidos á la premeditación de las dependencias, que se pusieron de acuerdo con la casualidad para producir estos casos fortuitos.

Lista la escena y tocados los timbres para empezar la representación de una obra, el amigo de la empresa mira la sala por el agujero del telón y pone mal gesto si hay poca gente. Si hay mucha se sonríe y exclama: «A mí se me debe este éxito. Ya dije en la *lectura* que esta obra daría dinero».

Por supuesto, que dijo lo mismo en la lectura de la que no da ni una peseta.

—«Fuera de escena», grita el segundo apunte, y nuestro hombre sale del escenario, colocándose cerca del puesto por donde han de pasar las coristas, á las cuales requiebra, aconseja y da algunos caramelos.

A los coristas hombres, suele darles algunos cigarrillos de la cajetilla de 40 ó de 25 céntimos que lleva á prevención; pero nunca, ni aun en las grandes solemnidades, les ofrece un mal pitillo de los encerrados en la petaca de piel de Rusia.

Después de haber molestado á todo el mundo con su presencia y de asegurarse de que los celadores, faltando á su deber, nada le dicen porque es el *amigo del empresario*, se va á la sala, y desde el palco de la empresa se exhibe ante la compañía como señor omnipotente y dominador absoluto de la voluntad del público.

Si resuena un aplauso, sonríe con mal reprimido orgullo de satisfacción, como diciendo: «Yo lo he iniciado».

Si sobreviene una grita, manifiesta asombro, y terminada la representación de la obra, su principal ofi-





cio es adular al aplaudido y compadecer al gritado, diciéndole, por supuesto, que no se ofenda, que la silba ha ido derecha al autor del libro, no al artista, ó á quien su amable condescendencia le ha exigido cargar con un embolado.

En este intermedio continúa estorbando á todo el mundo y así sucesivamente.

Veamos ahora lo que hace durante los ensayos.

Si no conoce la obra, se sienta á oirla con el mayor descaro, en la concha del apuntador ó en una silla que coloca desenfadadamente al lado de la del director.

Si la diplomacia de este señor consigue que el amigo abandone el proscenio, trasládase mal humorado al foro, y haciendo causa común con los actores, pónese á hablar mal de la tiranía escénica, de los directores orgullosos y ridículos que pretenden dar seriedad á los templos de Talía, de los caídos que andan los demás teatros, y en fin, de todo el mundo, menos de la empresa. De ésta hablan pestes los actores nada más, por supuesto, cuando el amigo no está presente.

Al actor que, una vez al día por lo menos, no habla mal de una empresa, le faltaría algo. Esa maledicencia es su comidilla. Una vez desahogado su pecho, ya puede la empresa pedirle cualquier favor y puede estar segura de que lo hará de cabeza.

Nuestro amigo, desde la altura *del foro*, juzga á todos los poetas, músicos y actores que han hecho las delicias del público desde hace cuarenta años. Apenas se le caen de la boca los cuatro Pacos: Paco Barbieri, Paco Salas, Paco Camprodón y Paco Arderius.

En vez de nombrar á Ayala, habla de Adelardo, y cuando dice Antonio se refiere á García Gutiérrez.

Con igual *sans façon* habla de Julián, de Matilde y de Pepe.

Ya habrán ustedes comprendido que se trata de Romeo, la Sra. Díez y Valero.

¡Esas tres pequeñeces del arte!

Todos los días desarrolla un plan suyo exclusivamente, que llevado á la práctica produciría la regeneración del arte dramático español.

Los actores, en su mayor parte, le dan crédito, otros se burlan de él á hurtadillas. Unos y otros le halagan para tener en su día una *buena aldaba* donde agarrarse. El amigo íntimo de la empresa resulta siempre una calamidad para el teatro donde se adhiere.

También nuestro hombre frecuenta la contaduría.

—¿Para tratar de mejorar la administración?

—¡Cá! Para pedir vales. No hay día que no pida y obtenga billetes de favor. Hasta en los estrenos.

RAFAEL M.<sup>a</sup> LIERN

APUNTES CÓMICOS, por López Marín y Cilla.



¡Cualquiera que me vea por la playa,  
guapo, hermoso y cargado de brillantes,  
se figura que entré en ultramarinos  
á vender chocolate!  
No sé nada de nada, ni me importa.  
Sé que yo era un pelambre,  
que la chica del amo... era soltera,  
que se murió su padre...  
y que yo me hice el amo de la tienda...  
y... ya es saber bastante.



—Pues señor... al marido de Lucinda  
le tengo que matar; no hay más remedio,  
porque si viene el otro y los sorprende  
se descubre el enredo.  
Ella se suicida, y el amante  
se va á llorar las penas á su pueblo;  
pero se marcha á pie y en el camino  
le degüellan catorce bandoleros.  
Y así de esta manera, tiene el drama  
un final de emoción de mucho efecto.





EL DESCANSO, DIBUJO DE J. ROMERO DE TORRES





DE VERBENA, ACUARELA DE F. ALBERTI



## DE VERBENA

*La primera verbena que Dios envía*  
está por todas partes de encantos llena;  
tiene las expansiones que el pecho ansía,  
la embalsama el aroma de la azucena,  
hace brotar torrentes de poesía  
que con lazos de flores nos encadena,  
y no hay quien no recuerde que en este día  
tal ó cual vericuetto sirvió de escena  
á un poema de amores y de alegría....  
¡Si faltamos nosotros, morena mía,  
van á faltar más cosas en la verbenal!

Surgen de vez en cuando los voladores  
cohetes que en el aire su mecha inflaman  
de la noche sombría rasgando el velo,  
y al estallar, violentos, se desparraman,  
semejando sus luces multicolores  
una lluvia de estrellas que envía el cielo.

¡Ay, morena, morena! No te desdén  
en venir á la fiesta que se prepara,  
que es preciso que vengas para que enseñes  
los pedazos de gloria que hay en tu cara.

¡Ay, morena, morena del alma mía!  
Que aceptas, me lo dicen tus negros ojos,  
y veo en tus sonrisas dulce alegría,  
¡más dulces que tus labios frescos y rojos!

Viniendo tú conmigo... ¿qué temes? Ven tranquila  
que envuelta en el bordado pañuelo de Manila,  
pisando con la gracia que tienes al andar,  
los hombres, al mirarte, de celos desesperan  
y todas las mujeres, que quieran que no quieran,  
al verte tan hermosa, te tienen que admirar.

Repara en todo el mundo: la dicha que se advierte  
demuestra que la Corte disfruta y se divierte  
con fiestas de esta clase... ¡lo que ellos gozarán!  
¡Ay, vida de mi vida! La sombra de una pena  
no empaña tanta dicha: las noches de verbena  
en medio de este ruido qué bien transcurrirán!

Y dan los farolillos sus luces de colores  
y lanzan las acacias perfumes seductores  
que llenan el ambiente y embriagan de placer.  
Tú sientes estas cosas, mi dulce compañera;  
aquí hay muchas bellezas y encantos por doquiera  
y todo lo que es bello conmueve nuestro sér.

Sal pronto, que te espero... No temas... Ven tranquila  
que envuelta en el bordado pañuelo de Manila,  
pisando con la gracia que tienes al andar,  
los hombres al mirarte de celos desesperan  
y todas las mujeres, que quieran que no quieran,  
al verte tan hermosa, te tienen que admirar.

*¡La primera verbena que Dios envía!...*  
van cantando las gentes á boca llena,  
tiene las expansiones que el pecho ansía;  
la embalsama el aroma de la azucena,  
hace brotar torrentes de poesía  
que con lazos de flores nos encadena,  
y no hay quien no recuerde que en este día  
tal ó cual vericuetto sirvió de escena  
á un poema de amores y de alegría...  
¡Si faltamos nosotros, morena mía,  
van á faltar más cosas en la verbenal...

JOSÉ JUAN CADENAS



## EL ODIO



Un nombre andaba de boca en boca, como la carne del jabalí entre los dientes de la trahilla, destrozado, mordido, hecho tiras, chorreando sangre. Su primer triunfo fué la señal para emprender aquella batida cobarde, con la que se trataba de cortar el paso á una reputación naciente. Chasco se llevan los que calentando su espíritu y mortificando su cerebro con la esperanza del primer aplauso, imaginan que una vez logrado éste termina el *via crucis* y pueden seguir su camino por sendas fáciles, por carriles seguros,

que hacen el viaje cómodo y la llegada pronta. Más se estrecha el sendero cuanto más se adelanta, más áspero es el piso, más enmarañados y espinosos los zarzales que á uno y otro lado del sendero se elevan y hacia él se extienden y en su centro se une, muralla movediza y punzante que se debe salvar á pecho descubierto, sin volver la cabeza disimulando el dolor, gritando hacia adentro, llorando hacia adentro también, con el pie firme, la frente alta y los ojos en el porvenir...

¡Qué remedio!... Algo ha de costar romper el dique de las vulgaridades consagradas, rebasar el nivel de las medianías, salirse de la recua... Mujer hermosa y hombre superior que no cuentan con la calumnia y con la envidia, no echan sus cuentas bien. Ocurre con esto lo que con el sarampión: hay que pasarlo.

Un hombre que tiene cosas suyas dentro del cráneo,

que no se sujeta al patrón general, que ni se apaísa, ni se pliega á los usos, ideas y costumbres del «común» de las gentes, es un ejemplar raro, una sorpresa, un caso de asombro y de recelo para los que no le comprenden; un objeto de odio para los que siendo capaces de comprenderle, son incapaces de llegar á su altura. Recelo justo, odio perfectamente lógico, después de todo. «Lo que piensas, lo que dices, lo que haces —gritan los ignorantes— es en contrario de aquello con que nosotros vivimos tan á gusto. Porque nos molestas con tus novedades». —«¡Hola! —dicen las medianías inteligentes— este mozo viene á demostrar nuestra pequeñez, á quitarnos el puesto. De ninguna manera. Hay que acabar con él, antes de que él acabe con nosotros».

Y véase cómo sumándose á la ignorancia asustadiza de los unos la malevolencia interesada de los otros, surgen obstáculos y prevenciones, y rencores, para triunfar de los cuales hace falta ser algo muy parecido á lo que era Enrique, el protagonista de mi cuento; aquel muchacho inteligente, originalísimo y audaz, que produjo entre sus futuros compañeros el mismo efecto que produciría un cachorro de león arrojado de pronto en una asamblea de perros sabios.

¡Qué marejada se levantó contra sus ideas primero, contra su persona después!... ¡Qué gritería hubo en el tribunal, donde la crítica de bajo vuelo expende credenciales y títulos al correr de su pluma, que ojalá no corriera tanto, para bien del idioma y tranquilidad de la sintaxis!... ¡Cómo se trató de matarlo con el silencio primero, y después, cuando se vió que el silencio era inútil, con la censura sistemática, con la injuria encubierta, con el invocar las venerandas tradiciones profanadas, los clásicos preceptos desatendidos,



DE VERANEO



Apunte inédito de García San Pedro.

las buenas fuentes enlodadas por aquel perturbador insensato! ¡Qué de anatemas furibundos se lanzaron más adelante contra el pobre Enrique, en nombre de la moral, del recato artístico, de la honestidad literaria, del estilo casto, de la pudibundez estética, de los asuntos vedados, de los conceptos atrevidos, de todos esos *cocos* que manejados hábilmente por una impotencia vanidosa que aborrece y repugna lo que ni puede realizar ni sabe sentir, trata de poner puertas al campo, de hacer el arte á la medida de su pequeñez, de convertirlo en un molde de flanes retóricos, de trocar la que debe ser figura gigantesca, grandiosa, donde se cuenten los músculos y se sienta circular la sangre y vibrar los nervios y palpar las vidas en un figurín de sastrería con cuerpo de madera é indumentaria de munición!...

De todas estas armas esgrimidas contra él, un día y otro día, se echó mano para dar en tierra con el talento y con las esperanzas de Enrique. Pero aun así y todo resultaba difícil empresa vencerle; alguno de sus aletazos eran tan formidables que atravesaban las nubes amontonadas sobre su nombre y lo lanzaban á la luz. En la bravura de aquellos aletazos el público adivinaba el águila.

«Lo que dice es extraño—llegaron á exclamar algunos—pero es grande».—«No—repetían sus enemigos—no hay tal grandeza; fíjense ustedes bien; eso es el parto de un cerebro desequilibrado; el fruto monstruoso de una imaginación enferma; sólo á un loco puede ocurrírsele atrevimiento semejante».—«¿Loco?—repetían los otros.—¿Quién sabe!... En este hombre hay un luchador; algo donde palpitan á un tiempo la fiera indomable del combatiente y la honradez de pensamiento del apóstol. Acaso no debamos creele; pero tal vez debemos admirarle».

¡Admirarle!... ¡Era lo que faltaba!... ¡Hasta ahí podían llegar las cosas!... ¡De ningún modo!... ¡No bastaba lo hecho?... Se haría más. Era preciso concluir con él, fuese como fuese, apelando á todos los medios. Había que rematarlo y rematarlo pronto. ¿No era suficiente herir su fama de artista? pues á herir su fama de hombre y á herirla en lo hondo, donde duele, donde juntamente con la sangre de la herida brota la protesta pública primero, el menosprecio después, el hundimiento total al cabo. Derribar lo que se pudiera, manchar de lodo lo que quedase en pie; he aquí el programa cumplido—digámoslo en elogio de sus formuladores—con rigurosa exactitud.

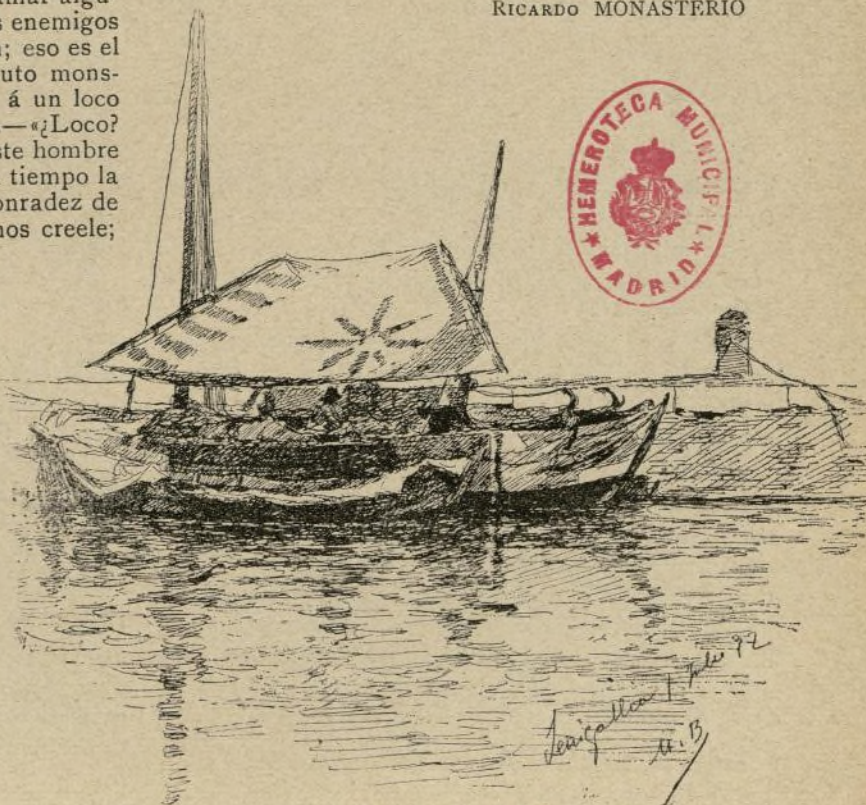
JOAQUÍN DICENTA

(Concluirá.)

Epístola que Asunción escribe en San Sebastián, donde pasa la estación, á su esposo D. Damián.  
«San Sebastián, Julio, veinte.  
Mi queridísimo esposo:  
Llegamos divinamente y sin falta de reposo; con comodidad y holgura salimos en el wagón Enrique, yo y aquél cura á quien viste en la estación paseando sin cesar á lo largo del andén, y que comenzó á rezar en cuanto de ahí salió el tren. Enrique y yo convinimos en no oír sus oraciones, y le siguió así hasta que fuimos á entrar en Torreldones, donde al vernos instalados *tête á tête*, nos preguntó si éramos recién casados, y yo le dije que no, que primos únicamente, y él añadió—«Comprendido» se santiguó y nuevamente siguió el rezo interrumpido; dos horas pasó así enteras, pero al cabo, por ventura, llegamos á Las Zorreras y se bajó el señor cura. Solos del todo quedamos y entonces sin más ni más Enrique y yo, ya, sacamos la merienda del *cabás*. Y te aseguro que bien saciamos el apetito, mientras que veloz el tren marchaba tocando el pito. Enrique en sus atenciones no cesó; en El Escorial

se empeñó en darme bombones y leche en Naval Moral. Todo lo que me obsequió ocioso es que especifique, porque lo mismo que yo conoces lo que es Enrique. Con su carácter de miel me tiene tan obsequiada que no me falta con él absolutamente nada. En fin, como no lo ves, no es fácil que lo concibas, y te ruego que le des las gracias cuando le escribas. No puedes imaginar cómo está, querido esposo, conmigo; me ha hecho pasar un viaje muy delicioso. Te quiere de corazón, y por eso yo le estimo; decir puedes con razón que en él tienes un buen primo. Hablar bien de tí es su fuerte y no deja pasar una circunstancia, sin ponerte en los cuernos de la luna; y así, te puedo afirmar que con todo esto y quietud creo que he de mejorar prontamente de salud. Y no te escribo más hoy porque no estoy ahora sola y porque además me voy con Enrique á La Zurriola. Mas antes decirte quiero de un modo conciso y claro, que me hará falta dinero porque este pueblo es muy caro. Adios, querido Damián, espera contestación llena de incesante afán *esta tu esposa Asunción*».

RICARDO MONASTERIO



Apunte inédito de M. Benlliure.



## LAS SEÑAS MORTALES

¡Eureka!—El anarquismo de capa caída.—Anarquistas por la facha.—Pelos y señales.—«Casus belli».—Al lector sesudo. Revolucionarios, genios y santos.—¡La bomba final!

**E**MPEZARÁ á estar el anarquismo *de capa caída*. No puede haber ya anarquistas ocultos. El celeberrimo Lombroso dió con el *quid...* con las *señas mortales*.

\* \* \*

La cara es el espejo del alma—reza el refrán.

—Fulanita tiene cara de coqueta.

—Zutano tiene mala cara.

—Mengano tiene cara de panadero.

—Perengano tiene cara de bandido...

—¿Quién es aquel individuo con cara de sátiro rechoncho?—pregunta uno.

—Un *negrero*, de allá, de Cuba—le contestan.

él llama el tipo criminal ha aparecido en la proporción de 34 entre 100 anarquistas de Turín; de 40 entre igual número de Chicago, y 31 de París—encuentra, uno más, uno menos, estos caracteres:

Anomalías de los dientes.

Idem de las orejas (en forma de asas).

Idem de la nariz.

Idem de la coloración de la piel.

Heridas *antiguas*.

Tatuaje.

Asimetría facial.

Mandíbula voluminosa.

Senos frontales enormes, etc.

¿Ven ustedes cómo, con estos pelos y señales, pue-



Figura 1.<sup>a</sup>



Figura 2.<sup>a</sup>

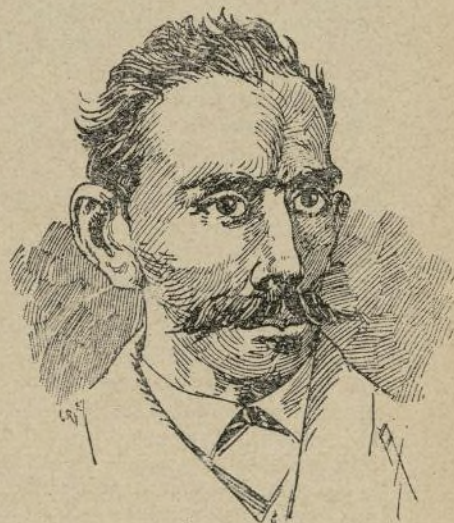


Figura 3.<sup>a</sup>

Y, tenía cara de *negrero*, ¡vaya usted á saber por qué! Se ha llegado—en cuestión de caras—á una completa división de clases; cada una tiene la suya...

Los anarquistas tienen, también, y ¡cómo no! su cara particular, y, tan particular, si hemos de creer á Lombroso.

Ahí tenéis las figuras 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> Representan tres anarquistas furibundos... recién *salidos*.

El tipo de la fig. 1.<sup>a</sup> tiene los caracteres que el conocido criminalista encontró en Potosuki, Sugar y Micoland—tres anarquistas de Chicago—: cara torcida, mandíbulas y senos frontales voluminosos y orejas en disposición de asas. El de la fig. 2.<sup>a</sup> tiene la nariz respingada de *Fielden*—otro pájaro de cuenta.—Todos tienen frente desembarazada, que les da aires de inteligentes. El sujeto de la fig. 3.<sup>a</sup> podríais tomarle—por la cara—por Kammerer, que á los veintidós años *mató á siete, por espíritu de secta* (1)...

Pero, vamos á cuentas.

Lombroso, entre los anarquistas criminales—lo que

de uno conocer á cuantos anarquistas de *acción* se eche á la cara?

Un poco de práctica y... *mucha vista*—que dice la chulapería.

Preveo las escenas á que pueden dar lugar la aplicación de estos rasgos fisonómicos de los anarquistas de bomba ó puñal, *en manos* de los lectores impresionables.—«¡Ay! hija mía, no me gusta ese hombre que *te hace cocos*, es preciso que le *despaches*.—¿Por qué, mamá?—pregunta la niña *toda azorada*.—¡Ay! porque *tiene trazas* de anarquista—contesta la madre.—¿No *has visto* lo que dicen los *papeles*? Ese *sujeto*, tiene la *cara torcida*, un colmillo que le tropieza la punta de la *nariz* y... además es chato, hija mía, es ¡chato!» Y, he aquí un individuo que pasará por anarquista ante toda la parentela, y le huirán, por ser *feo*, y, acaso, será un bendito...

—«Mamá, el aguador tiene todos los síntomas—dice una joven talentuda, después de leerme.—¡Bah! déjate de tontunas—contesta una mamá *fósil*, que cree que todo *eso* de progreso y de *ciencias* es cosa del diablo.—Sí, ya verás cómo nos echa el día menos pen-

(1) Lombroso: *El Crimen Político*. (Esta cita y las que sigan).



«sado—contesta aquella—una bomba en la tinaja para vengarse de papá que le debe tres años y pico de li-  
«quido...—No pases cuidado—exclama la mamá—echa-  
«remos un San Diego... de barro, en la tinaja, y no  
«ocurrirá la explosión...»

Estos y otros, serán la excepción de la regla. El lector *sesudo*, pondrá en práctica el sistema de reconocimientos cara á cara que vengo exponiendo, y obtendrá maravillosos resultados (¡cielos! parece que estoy redactando un anuncio de cuarta plana).

Más, si se atiende á estas *importantísimas*

#### ADVERTENCIAS

1.<sup>a</sup> Pongan ustedes *ojo* en la apreciación y número de los caracteres del tipo criminal anarquista. Lo que, á veces, parece una mandíbula enorme, puede ser un flemón de esos de *padre y muy señor mío*; sobre que, también, sujetos muy apreciables, pueden tener la mandíbula muy desarrollada (fig. 4.<sup>a</sup>) y, pálida la color como *Mazzini*—citado por Lombroso.

2.<sup>a</sup> No hay que colgar, á un individuo, el *mochuelo* del anarquismo, porque vocee ideas revolucionarias. Los verdaderos revolucionarios—según el autor citado—son casi todos genios ó santos.

3.<sup>a</sup> Para hacerlo es necesario que á la concurren-

cia de casi todos los caracteres que quedan escritos, se huela algo de las ideas disolventes del sujeto cuestionable.

4.<sup>a</sup> Subirá de punto la certidumbre de si, el sometido á nuestro examen, es, ó no, anarquista, siempre que dé pruebas de la *verdadera insensibilidad moral*, de que habla Lombroso.

Las palabras, *proyecto*, *destrucción*, *demolición*, etc., *cambiar*, *destruir*, *demoler*, *volar*, etc., etc., son extremosamente sospechosas. Se exceptúan de la palabra *volar* á los malos poetas que siempre están *volando... á la región azul* ó á la de los ripios—tanto monta.

Recuérdese, con el autor archicitado—como ejemplo de la crueldad manifiesta de los anarquistas *prácticos*—el proyecto de los de Chicago de *volar* una parte de la ciudad y la orden dada por Pearson de estrangular á un espía y arrojarle por la ventana. Item el de aquel revolucionario que decía: «Haremos un cementerio de la Francia antes que

no regenerarla á nuestro modo... y que cortaba bujías, en la tribuna, con su sable, como si fuesen cabezas de aristócratas.

Y 5.<sup>a</sup> Si el caso estudiado, después de *estos escrupulosos análisis*, dispara una bomba, mejor que mejor, ¡ya no cabe duda de la *autenticidad del tipo*!

RAFAEL CAMARON



Figura 4.<sup>a</sup>



CARAS BONITAS



## LAS DIVERSIONES

## TEATRO MODERNO

Nuestros queridos compañeros López Marín y Gabaldón han estrenado en este teatro un *presentimiento* del popular sainete *La verbena de la Paloma* y que han titulado «La romería del Halcón...»

La obra, que tiene mucha gracia, ha sido puesta en escena con verdadero lujo.

Muriel ha pintado tres decoraciones nuevas; la del tercer cuadro, sobre todo, es de un efecto maravilloso; Muriel es un artista que domina la perspectiva como nadie, y cada lienzo que él mancha le vale una ovación.

Ahora está haciendo los bocetos de una obra de espectáculo titulada *El pecado original*, y no se concibe nada más bonito en el difícil arte escenográfico.

La partitura de los aplaudidos maestros Arnedo y San José, está escrita con malicia teatral; tiene números lindísimos, entre los que merecen especial mención el concertante del segundo cuadro y el pasacalle final, que *sabe* á madreño puro y es de esos que *levantan* de la butaca al espectador.

¡Bien, maestros!

Liern ha puesto la obra en escena admirablemente y la ha cuidado con paternal cariño hasta el crítico momento de entregarla... á los *morenos*.

Después se fué á casa; le afectan mucho los estrenos, suyos ó ajenos, y entregó las *riendas del gobierno* al simpático representante de aquella empresa, á Luis París, que dando órdenes y voces aquí y allá, consiguió que la obra saliera sin una *rozadura* en aquel tragin de artistas, músicos y comparsas que toman parte en ella.

Y digamos algo de la letra, con cierta prudencia, porque como son de casa los autores...

*La Verbena de la Paloma* es un sainete, sino imposible, muy difícil de parodiar; sin embargo, López Marín y Gabaldón han tenido ingenio y habilidad para hacer la cosa, sin que esto sea decir que el *presentimiento* es lo mejor que han escrito para el teatro.

La escena en silva del primer cuadro entre Gerineldo y Marcol-

fa, es de mano maestra y demuestra que sus autores conocen los resortes teatrales y que son capaces de hacer mucho más.

La noche del estreno me pareció que la obra decaía algo al final, quizá porque el tercer cuadro de *La verbena* no tiene parodia posible.

Y digo que fué la noche del estreno, porque *La romería*, en la segunda representación, había sufrido modificaciones de importancia y ahora, *va como una seda*, que dice la gente del oficio.

Esta es una de las dos obras que se hicieron en la encerrona del Teatro Moderno y que duró treinta y seis horas.

Las *fieras*, como las llama Pepe Ballesteros, no perdieron el tiempo.

Ahí está *Cepa-Club* que lo prueba también. Lo que, dicho sea en honor de la verdad, no nos pareció muy correcto, fué... las demostraciones que para enturbiar el éxito decidido de *La romería*, hizo algún *histrioncillo* de un teatro vecino, acaso por halagar al amo, y cuyo nombre reservamos por pura delicadeza.

Es lo que dirán los autores; ¡arrieritos somos!...

Perdónenme los chicos de casa si ofendí su modestia con esta revista; lo sentía así.

Enhorabuena á todos y ¡a ver esa *Japonesa*!

Para cuando llegue á manos de nuestros lectores este número, la actual compañía del Moderno habrá empezado á funcionar en el Príncipe Alfonso.

Se dice que aquel teatro lo ha adquirido por veinte años una compañía francesa, para hacer allí una especie de *Folies-Bergere*... ¡Horror!

Conozco algunos detalles del programa oficial y privado que se traen, y de ser cierto, que si lo será... felicito de antemano á la respetable *Sociedad de padres de familia*, por los éxitos que les aguardan en la campaña moralizadora que tienen empeñada.

¡Prevenidos para un rumor!

(Con permiso del amigo Tinieblas).

PENUMBRA

## ENTRETENIMIENTOS

## CHARADA

El único *tercia-cuarta* que doy para mi charada, es que *primera-dos-tres* es nombre de mi serrana y que hay *todos* para todo, y sobre todo en España.

J. ABAD

## ROMPE CABEZAS



El pelotari, ¿dónde está la pelota?

## BUZÓN DE ALCANCE

L. R.—Jetafe.—Desde luego; *Compañy* trabaja muy bien y eso necesita estar muy bien hecho para que resulte.

F. O. D.—Madrid.—¡Mande usted algo, hijo mío!.. Las *cartas*.. no tienen novedad; todo eso está mandado recoger, aparte el que en el *¡Adiós!* hay versos que necesitan muletas. Trabaje usted, que no lo hace del todo mal.

S. O.—Segovia.—Lo tenía en cartera y me lo pidió el caballero que se lo ha enviado; entra en turno. Está usted servido, y mandar.

E. N. y P.—Madrid.—El sonetito tiene catorce defectos, y ya ve usted...

E. del P.—Madrid.—Ese romance es muy largo, está medido con paraguas y tiene muchos consonantes. Fíjese usted.

*Buslam-baila*.—¡Qué poco que hacer tiene usted, ilustre amigo! Pero muchas gracias ¿eh?

M. E. G.—Cádiz.—¡Mal... *poesía* de esas me parta, si le he visto la punta!.. Parece mentira que sea usted gaditano.

M. M.—Madrid.—Sí, señor; publicaremos algunos. ¿Recibe usted el periódico?

L. L. ó A. P.—Zaragoza.—Pero hombre ¿qué es eso?... ¡Gua-són!.. ¿O es que lo ha hecho usted de buena fe?

V. Z.—Madrid.—Resulta una mijita... así, no sé como decirlo, *espeso* ¿eh?.. Además pasa de las veinte líneas convenidas.

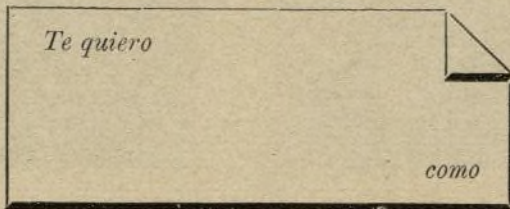
S. T.—Madrid.—Eso es una tragedia y... ya tenemos todos bastantes para andar por casa. Ya ve usted la índole del periódico.

E. M.—Madrid.—Sirven dos.

Y.—Madrid.—Aprovecharé uno.

V. E.—Madrid.—Se publicará en el próximo número.

*El pollo de la máquina*.—Recibí ayer su tarjeta enigmática. No la hemos podido traducir. La publico por si un alma caritativa quiere sacarme de esta horrible duda, enviando la solución.



## ENTRETENIMIENTOS

## EPIGRAMAS

Mañana profesa Pura;  
la convenció un sacerdote;  
su tío, le da la dote  
y la toca, el señor cura.

FÉLIX MÉNDEZ

—Voy á darle á usted una prueba de confianza, Don Blas.

—¿Cómo?...

—Pidiéndole un duro.

—¿Y á eso le llama usted dar?

E. GUILLAR



FRASE HECHA



nuevamente que las más severas son las que reservan para ocasiones extraordinarias el carácter más jovial y decidido.

Yo dí gracias al pedantón, cuando precisamente éste se apartaba de mí con apresuramiento dejándome en medio del salón, donde me sentía marcado con el vaivén de las parejas que pasea-



ban en torno mío, la algarabía de risas y eufichicos y desentona-  
nadas voces; expuesto á mil pisotones, encuentros y codazos.

Nunca me ha dado por la filosofía; ésto quiere decir que no soy, como muchos á quienes amarga pensar en lo fugaz de las di-  
chas y alegrías humanas, duren ellas lo que deban durar, las  
acepto y las gozo sin otra reflexión; pero he de confesar que  
aquella fué breve, porque no bien se hubo dado para mí la pro-  
mesa de un contento, cuando comencé á sentirme aguijado por  
la impaciencia.

¡Mi desconocida no aparecía! cualquiera de las máscaras que

## LA REINA DE LAS PALOMAS

### I

Ya en otra ocasión he dado cuenta de una de las más gratas aventuras de mi juventud; con aquel relato y el presente pueden formarse las memorias de un hombre mozo, al cual, mejor que sus ardorosas pasiones, la libertad de costumbres de su tiempo condujeron á cometer algunas faltas que si no son vergonzosas, cuando menos pueden apenarle, considerando cuán falsa idea del amor verdadero nos hacen formar las hipócritas conveniencias y los descuidos de la educación.

No obstante, como el empeño mío se funda en demostrar que no se halla la culpa de muchos desvaríos de la gente moza sino en las mujeres casquivanas, los maridos descuidados, los matrimonios por cálculo, la pobreza de algunos desgraciados muchachitos y los poderosos estímulos que de día en día viene ofreciendo la sociedad á los placeres, cumpla con ser franco una vez más y confiar al papel y á los lectores todos mis buenos recuerdos, mis pesares y mis goces.

Era el primer año que se abría á los bailes de máscaras el lindo teatro de la Comedia, y el primero que yo lo pasaba en Madrid á mi libre capricho.

Recuerdo que cuando penetré en el teatro, el baile llegaba á su mayor grado de brillantez y de ruido.

Era aquello un motín de alegría, un hervidero de gentes enlo-



quecidas. Por el confuso remolino de máscaras, en abigarrada mescolanza de disfraces, creí reconocer, á pesar de los capuchones con que se encubrían, á Laura, la loca rubia bilbaína, á Soledad, la pizpireta revoltosa, hechicera malagüeña, á Mariquita, la modista de sombreros y á la cortesana Eloísa, entonces en moda, vestida y calzada, dueña de coche y hotel gracioso, bobalicón del duque de Rozas, que lucía en ella su esplendidez.



—Maravilloso, amigo Eduardo, dije al doctor de mi regimiento, que era quien me había conducido al baile, y añadí muy satisfecho: ya he visto á nuestras amigas y me prometo una noche de jolgorio.

—Dios nos libre de encontrarlas, Dios nos libre, replicó mi amigo; hemos de huir de las tales como de la cruz el diablo; como men como lobitos, beben como esponjas y gastan con el desenfado y la poca vergüenza de todo el que gasta de lo ajeno.

Las llamas de las luces mostraban un brillo dorado; así como los chapiteles, los broches, las ringleras y los relieves de la decorativa del salón despedían reflejos luminosos y parecían encendidos; tal analogía se hallaba en todo que la música era viva, tumultuosa, llena de una armonía gentil y mundanal; se hubiera

dicho que era el concierto de risas y de voces alegres, como el vocerío y la algarazara del baile parecía á su vez una desordenada sucesión de notas escapadas de un vals.

—Presiento que lo hemos de pasar aburridos, amigo Eduardo, si es que hemos de huir de aquella patulea. ¿Qué vamos á hacer aquí?

—Buscar á tu desconocida.

—¡Que locura! Si ha venido, habrá venido disfrazada, repití que yo.

—La encontraremos, ó la encontraremos, como gustes, replicó mi amigo con acento de profunda seguridad y sonriéndose al mirarme, cual si quisiera infundirme fe con sus palabras; creo que me llamó «neofito atontado», era su costumbre.

—¿Estás seguro de que la que tú viste esta mañana era ella?

—No me cabe duda alguna, respondí; bajó del coche, éste quedose parado, esperándola, en tanto ella se compraba guantes en «La Sultana». La ví con el codo apoyado en la almohadilla, ofreciendo su diminuta mano al guantero, que con las suyas toscas y gordas estuvo soba que soba aquella lindeza, probando en ella un par de cabritilla... Luego ella salió de la tienda, llamó al cochero, y entregándole un par de duros, le dió el encargo, según supe por el simón mismo, de comprar dos billetes para este baile.

—Luego viene á él, ó ya habrá venido.

No me parecía dudosa esta conjetura; lo que creía difícil, volverlo á repetirlo, es que la hallásemos, si es que ella iba como era de esperar que fuese con un disfraz; pero según Eduardo, ella misma se nos acercaría, porque á juicio del médico, no se disfrazan las mujeres por otro motivo sino por el de darse á conocer con más libertad.

Sería curioso que una mujer tan seria y recatada á cara descubierta, fuera con un antifaz vivaracha, franca, alegre y amiga de broma. Eduardo no lo dudaba ni por un solo momento y con tal motivo me expuso por centésima vez sus opiniones respecto á las mujeres, con el tono doctoral que para todo empleaba y aseguró



Esto acababa de matar mi fantástica creación; Emma era, ni más ni menos, lo mismo que nuestras amigas Lola, Eloísa y Mariquita.

Cuando volvió Zurbeni á nuestro cuarto nos dijo:

—Ha bebido á nuestra salud.

—¡Bien!

—Y me ha dicho, por fin, quién es.

—Cállate, Zurbeni, dijo irónicamente uno de los amigos; á ver si lo adivino.

—Sea, replicó Zurbeni, es difícil.

—Es una duquesa que viaja de incógnito...

—¿Una *milady* turista?

—Nada, no dais con ello.

—Pues nos declaramos vencidos... habla de una vez.

—A eso voy; es una artista y por esto y no por otra razón se ha mostrado tan poco gazmoña y tan amable... pero es una artista celebrada... hace poco que salió de Nueva York, después de haber estudiado allí el español para trabajar en Barcelona, donde ha estado, y en Madrid, á donde llegó no hace un mes y donde dará algunas funciones...

—Pero en fin, ¿es una cantante...?

—Alguna prestidigitadora...

—Alguna acrobata del circo...

—Habla hombre ¿dinos quién es?

—Ayer ni yo mismo lo hubiera sabido, porque guardaba ella el incógnito; hoy hasta vosotros podréis saberlo, no obstante os ruego que seáis discretos: es la hermosa y celebrada neoyorkina Emma Gerloway, domesticadora de palomas; la reina, en fin, de las palomas libres.

En efecto, causó gran sensación la noticia; ya los periódicos de Madrid habían anunciado la llegada de esta artista á uno de los circos; pero contra lo que se acostumbra en tales casos, no había aparecido retrato alguno, ni en vestíbulos de teatros ni en los escaparates de las tiendas; todos mis camaradas quisieron

A la salida del teatro la hallé á mi paso, la miré embelesado y entonces pensé también que al mirarme sonreía... Y en fin, que no la hallé después ni una sola vez que no creyese que al verme sonreía... y con esto, era no menos extraño, que en Madrid, donde no hay en la vida de paseos, salones y teatros quien sea desconocido por más de ocho días, nadie supiera darme noticias acerca de qué clase de mujer pudiera ser aquella.

La había visto acompañada en distintas ocasiones y siempre con personas diversas, y todas de esas á las que nadie conoce; unas veces al pasar junto á ella la oía hablar francés, otras inglés, otras italiano.

De aquí deduje que habría de ser una institutriz ó una excéntrica viajera inglesa.

—¡Eh! ¡eh! ¡Fernando, Fernando! gritaron en torno mío seis ó siete voces en tonos diversos y armando un estrépito de mil diablos, que interrumpió el curso de mis pensamientos.

Me rodearon en un momento unas mujeres con antifaz y capuchones de raso encintados; ¡valiente broma! yo no conocía en Madrid sino á señoritas que por su posición y por su educación no concurren á los bailes, y á mí no me conocían fuera de éstas otras mujeres, que las alegres amigas á que Eduardo y mis camaradas me habían presentado... luego eran éstas las que me acometían enmascaradas.

En un momento convinieron en no soltarme, y á la verdad bien pronto se dieron por vencidas y confesaron que así era y como yo decía; no lo podían ocultar, ¡las mismas, eran las mismas!

Pude estrechar la mano regordeta de Laura, y conocer, al darle una sola palmada, los redondos hombros de Eloísa, y hasta por un atrevido pellizco, estimar una vez más el valor de los firmes y carnosos brazos de Mariquita.

—No me aprietes la mano; que puede verte Adolfo...

—¡Atrevido! mira, no harías esto delante de mi duque.

—Bueno, bien, ya empezamos, gritó simulando enojo la mo-  
distilla.



En verdad, que nos educan mal, muy mal; lo confieso, me quejo y protesto de ello, por más que ya no me valdría la reforma; pues, aunque muchos como yo no son culpables de que al libertinaje arrastre el hambre, ó la pueril caprichosidad de las hembras muchachas, que nacen pobres ó alegres de cascos, fuera bien que no favoreciesen en modo alguno los hombres honrados estos alegres devaneos, en los cuales ellas pierden la salud, la nobleza del corazón y la vida entera por servir de juguete al primero que las acoje para sus deleites.

Pero bueno está uno á los pocos años de juventud para tales pensamientos, cuando nada hay más atrayente y seductor que una mujer, sea quien fuere, con tal que sea bella.

Aquellas atrevidas picoterías tenían hambre de mujeres golosas...

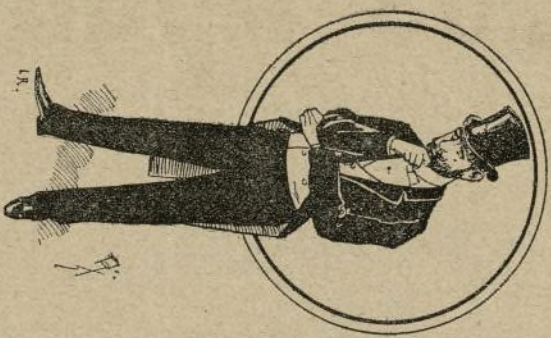
—Chico, esta noche lances el primo, exclamó la audacísima Laura.

—Decidido, decidido... replicó una y repitieron todas.

Yo, ya reía gozoso, contagiado por aquella calaveresca jovialidad de las muchachas y fingía negarme, como por broma, á la primada. ¡Cielo divino! razón tenía Eduardo y por ello sin duda se había escabullido el muy ladino; estaban caninas.

—Hijas mías, quedamos en que os convidaré á cenar...; siempre que me dejéis señalar la lista... Y ya lo sabéis de antemano...; judías y agua fresca...

Nunca lo hubiera dicho; la gritería subió de tono á tal grado, que de todos los puntos del teatro se llegó á fijar la curiosidad general en nuestro bullicioso grupo; me estrechaban, me ahoga-



—Lo que sé decir es que ellos están charlando en buen español.

Confieso que esto acabó de confundirme; miré al interior del palco y así era, y como el cadetillo nos lo había dicho, Zurbeni parlotaba sin tino.

Al cabo de un rato Zurbeni entró al fondo del cuarto, y sin atender á las mil preguntas que todos á un tiempo le dirigieron, puso en un papel unos cuantos pastelillos, tomó una botella y salió al pasillo diciéndonos:

—Voy al cuarto inmediato á llevar á esa niña estas golosinas y vuelvo.

—Bravo, hombre, bravo, te portas como un héroe, exclamó uno y tras él todos aclamaron al audacísimo y galante oficial vizcaíno, todos menos yo, porque no acertaba á explicarme cómo aquello había podido ocurrir... sin duda, y como si lo viera así ha sido, que Zurbeni conocía de mucho tiempo antes á esa mujer y por echárselas con nosotros de osado, finge que la ha hablado hoy por primera vez.

Una vivísima curiosidad me hostigaba el cuerpo y el alma, de un modo que no acertaba á estar quieto.

Sería alguna encopetada cortesana de las de encubierta faz, hipócrita apariencia y artes y mañas sutiles para el logro seguro de buenos beneficios; qué importaba; mejor, en tal caso no era cosa difícil curar mi entusiasmo... sin embargo, me hubiera amargado un desengaño de esta índole; no en vano se forja una ilusión y las acaricia y las presta después todo el calor de un juvenil entusiasmo.

En esto llegaron hasta nosotros dos alegres risas la de nuestro Zurbeni, varonil y estrepitosa, cual las que solía disparar en la tertulia del cuarto de banderas ó en nuestras francachelas de soldados, y la argentina de la desconocida; luego oímos el chocar de dos copas.

—No cabe duda, es moza de arranque, dijo uno de los nuestros.